

A romantic close-up of a man and a woman about to kiss. The man is on the left, leaning towards the woman on the right. They are both smiling slightly, and the lighting is warm and intimate. The woman has long, wavy blonde hair and is wearing a dark, possibly black, top. The man has a short beard and is also wearing a dark top. The background is blurred, showing hints of other people in a social setting.

TU MURO DE HIELO

ELSA TABLAC



Contenido

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[TU MURO DE HIELO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[EPÍLOGO](#)

[LOCO POR LA BARISTA](#)

[HIJA DE LA MAFIA](#)

[NEWSLETTER](#)

[Otros títulos](#)

TU MURO DE HIELO

Crush en la oficina #1

Primera edición: Septiembre 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Connie Lowe, una consultora energética y optimista, llega a una empresa tecnológica para asesorarles y mejorar sus procesos internos. Y es así como conoce a su CEO, el enigmático y siempre malhumorado Reed Perry.

Su dinámica comienza con tensos enfrentamientos, todo un choque de voluntades; pero lo de Connie y Reed pronto se transformará en una incontrolable atracción, hasta el punto de hacer algo de lo que sería comprensible arrepentirse.

Por no hablar de lo que oculta Reed en la planta ocho de su edificio...

Con tantas tensiones y secretos, ¿podrá este romance de oficina florecer contra todo pronóstico?

Tu muro de hielo
Crush en la oficina #1

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

CONNIE

Supongo que está en mi naturaleza sonreír. No soy consciente de ello, pero me lo dicen a menudo. Que mi sonrisa es capaz de iluminar una habitación cuando entro en ella. Por eso es una de mis mejores armas.

Y ese día llegué así, sonriendo, a la empresa de Reed Perry, pero al entrar me di cuenta de que nadie parecía notarlo. Era como si una nube gris envolviera a todos los empleados, quienes apenas levantaban la vista de sus pantallas para saludar.

Mi entusiasmo chocó de inmediato con aquella fría atmósfera y la primera prueba estaba justo delante de mí: la recepcionista me miró como si hubiera entrado por error en un funeral.

—Hola, soy Connie Lowe. La nueva consultora —me presenté, con mi tono más amable.

La recepcionista, una mujer de unos cincuenta años con el cabello perfectamente peinado, me examinó de arriba a abajo como si estuviera evaluando si mi atuendo era apropiado para un interrogatorio, en lugar de un trabajo de consultoría.

—¿Tiene cita? —me preguntó sin disimular su escepticismo.

—Bueno, supongo que sí. Me han contratado temporalmente para ayudar a mejorar la productividad de la empresa —le expliqué, mientras ella asentía lentamente, como si cada palabra que decía fuera una complicación más en su día.

—Ah, sí. El señor Perry la está esperando —respondió finalmente, dándome un pase provisional de visitante—. El ascensor está al fondo.

Sonreí, agradecida, aunque no estaba segura de si ella se había percatado de mi gesto. Caminé hacia el ascensor, sintiéndome como una extranjera en terreno hostil. Sabía que no iba a ser fácil, pero tampoco esperaba sentirme como una invasora.

El viaje en ascensor hasta la planta de Reed Perry fue lo más parecido a una subida al patíbulo. Tomé aire profundamente y me preparé para lo que me esperaba detrás de esas puertas.

Cuando el ascensor se detuvo, el "ding" que anunciaba la llegada al destino me sobresaltó. La alfombra del pasillo era tan impecable que casi me daba miedo pisarla. Busqué la oficina del jefe y encontré una puerta de vidrio esmerilado que decía "Reed Perry, CEO". Respiré hondo y toqué la puerta con tres golpecitos firmes.

—Adelante —una voz profunda y autoritaria respondió desde el interior.

Abrí la puerta y me encontré con un hombre alto, de hombros anchos y mandíbula cuadrada, que apenas levantó la vista de su monitor para mirarme. Reed Perry estaba sentado tras un escritorio ordenado, con una expresión tan seria que podría haber sido esculpida en piedra.

—¿Connie Lowe, verdad? —dijo sin molestarse en ocultar la falta de entusiasmo. Aunque cuando por fin nuestras miradas se encontraron él la mantuvo fija durante unos segundos que parecieron una eternidad, claramente evaluándome con esos ojos grises y fríos como el acero.

—La misma —respondí, tratando de mantener mi tono ligero, mientras cerraba la puerta

detrás de mí.

—Bienvenida, señorita Lowe. Espero que esté lista para el reto que tenemos delante— dijo finalmente, sin rastro de sonrisa.

—Por supuesto —respondí con energía, ignorando su tono cortante—. Estoy aquí para hacer todo lo necesario y que esta empresa funcione mejor que nunca.

—Eso está por verse —replicó, volviendo a centrar su atención en la pantalla—. En realidad la productividad aquí no es un problema, señorita Lowe. Es solo un síntoma. Lo que necesitamos es evitar distracciones innecesarias.

Ah, ahí estaba, el primer golpe. Intuí de inmediato que "distracciones innecesarias" era una referencia sutil a mi entusiasmo. Pero no iba a dejarme intimidar tan fácilmente.

—Por supuesto, señor Perry —dije, adelantándome y sentándome en la silla frente a su escritorio sin que él me lo ofreciera—. Aunque si me lo permite, a veces un poco de energía positiva puede hacer maravillas en un equipo. Mi objetivo es descubrir cómo optimizar lo que ya tienen y, si es posible, añadir un poco de esa chispa extra.

Torció un poco el gesto.

—Preferimos la eficiencia a la chispa, señorita Lowe —respondió Reed, clavando de nuevo sus ojos en los míos—. Aquí valoramos los resultados, no las sonrisas.

Sonó con un ataque. Dios mío, ¿por qué estaba tan a la defensiva?

—¿Y si le digo que ambas cosas no son excluyentes? —contesté, levantando una ceja, decidida a no dejarme vencer por su escepticismo.

—Diría que eso suena a una de esas frases motivacionales que la gente cuelga en la pared y olvida al día siguiente.

Reí suavemente, sorprendida por su agudo comentario. Al menos tenía sentido del humor, aunque fuera del tipo sarcástico.

—No, yo no soy de las que cuelgan frases. Soy más de las que hacen que esas frases se conviertan en realidad —respondí, sin perder la sonrisa.

Él me observó durante un segundo más, y algo cambió en su expresión. Era casi imperceptible, pero juraría que vi una chispa de curiosidad en esos ojos. Luego volvió a concentrarse en su pantalla, como si yo ya no estuviera allí.

—Tiene carta blanca para observar al equipo y hacer sugerencias —dijo mientras tecleaba algo—. Pero no interfiera con las operaciones. Lo que espero de usted básicamente es un informe detallado al final de estas tres semanas. Tengo muy buenas referencias tuyas, dicen que es usted una de las mejores consultoras de la ciudad, así que espero ver resultados. Mi secretaria, Elizabeth Best, le proporcionará todo lo que necesite y la pondrá al día. Vaya a verla ahora mismo, está en la planta inferior, la diecisiete. Pero, por favor, mantenga los pies en la tierra, señorita Lowe.

—Mis pies están perfectamente plantados, señor Perry —repliqué, levantándome de la silla con confianza—. Aunque de vez en cuando, me gusta dar un salto para ver las cosas desde otra perspectiva.

—Espero que sepa caer bien, entonces —respondió él, sin apartar la vista de su monitor.

Alucinante.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta, deteniéndome justo antes de salir.

—Una última cosa, señor Perry —dije, mirándolo por encima del hombro—. No subestime el poder de la amabilidad. Podría sorprenderse de lo lejos que puede llevarnos.

Sin esperar respuesta, salí de la oficina, dejando que las puertas se cerraran detrás de mí. Mientras caminaba en dirección al despacho de su secretaria, no pude evitar sonreír de nuevo

para mis adentros.

Había algo en Reed Perry, más allá de su seriedad y su frialdad, que me intrigaba. No sería fácil romper ese muro de hielo, pero había un desafío en sus ojos que me atraía como un imán. Y si algo me gustaba, era un buen desafío.

Cuando el ascensor llegó, entré y presioné el botón para bajar. Justo antes de que las puertas se cerraran, me imaginé que Reed Perry, desde su oficina, tal vez había levantado la vista y sonreído en ese preciso momento. O tal vez no. Pero de algo estaba segura: esto prometía.

CAPÍTULO 2

REED

—Reed, tengo a la señorita Lowe aquí delante. Quiere saber si puede reunirse con usted el miércoles a las tres para discutir las primeras impresiones de su evaluación.

—Sí. De hecho, bloquéale la agenda para el miércoles, Elizabeth —respondí de inmediato, girando el bolígrafo entre mis dedos—. Y asegúrate de que está libre a mediodía. Quiero llevarla a almorzar, pero no le menciones nada de eso todavía.

—Entendido. ¿Algo más que deba saber?

—Sí, enséñale todo, excepto los despachos de la octava planta, por supuesto. Manténgala lejos de ahí. No quiero que husmee por ahí.

—Por supuesto, Reed —dijo Elizabeth, con su habitual eficiencia—. Lo coordinaré todo.

Respiré hondo. A menudo pensaba que mi secretaria, la señora Best, era lo único que funcionaba allí correctamente. Colgué el teléfono y me recosté en la silla de mi despacho, contemplando el gran ventanal que ofrecía una vista panorámica de la ciudad.

Ahí abajo Nueva York seguía con su ajetreo habitual, tan impredecible como siempre, pero aquí dentro, en mi oficina, todo debía estar bajo control. Todo, excepto una consultora nueva y demasiado atractiva que había entrado en mi edificio para, supuestamente, mejorar la productividad. Para ver exactamente qué estábamos haciendo mal. Porque los números no crecían como yo quería que creciesen.

Connie Lowe.

Su nombre se paseaba una y otra vez por mi mente como si fuese un rótulo de neón.

Ni siquiera había estado con nosotros un día completo y ya me estaba volviendo loco. Las consultoras suelen ser un fastidio, eso lo sabía bien. Llegan, se pasean con sus tablas y gráficos, hacen algunas sugerencias que suenan bien en teoría, y luego se van, dejando a los verdaderos trabajadores —a mí y a mi equipo— para que lidiemos con las consecuencias de sus brillantes ideas.

Pero Connie Lowe... ella parecía diferente, y no precisamente en el buen sentido.

Lo primero que llamó mi atención fue su sonrisa. ¿Cómo no notarla? Tan amplia, tan brillante, tan... incómoda. Irritante, en realidad.

En este lugar, no hay espacio para ese tipo de entusiasmo sin sentido. La productividad no se mejora con sonrisas ni con una actitud desenfadada. Requiere precisión, control, y una dosis saludable de escepticismo. La señorita Lowe, sin embargo, parecía determinada a desafiar esa lógica.

Recordé nuestro tenso primer encuentro, hacía apenas media hora, cuando había entrado en mi despacho con esa energía exuberante. Había sido como un rayo de sol colándose en una cueva oscura; cegador y molesto.

Me fastidió que fuese tan guapa, porque eso solo significaba que me sería más difícil

resistirme a ella. Y al verla, mi primera reacción había sido obvia: mantenerla a raya.

Preferimos la eficiencia a la chispa, señorita Lowe; le había dicho, como un idiota.

Esa era mi forma de marcar los límites desde el principio. Desconfío de las personas risueñas, sobre todo si entran así en este edificio. No tengo tiempo ni paciencia para enfoques tan... coloridos.

Pero Connie no se había inmutado. A pesar de mi tono gélido, su sonrisa no flaqueó. Es más, creo que se hizo más grande, como si hubiera encontrado un desafío que la motivaba.

Cuando sugirió que un poco de amabilidad podría sorprenderme, casi me eché a reír, aunque por dentro. No porque creyera en lo que decía, sino porque me parecía ridículo que alguien pensara que la vida corporativa podría endulzarse con una simple curva en los labios, o con ser más amable. Aquí se trataba de números, de resultados, y de mantener el barco a flote, no de dibujar arcoíris en el cielo.

Observé el teléfono, a punto de llamar a uno de los inversores que me había recomendado sus servicios, pero me abstuve. Había algo en Connie Lowe que no podía ignorar. Tal vez era esa chispa que mencionaba, aunque no quería admitirlo. Algo en su actitud —o tal vez en la manera en que desafiaba mis expectativas sin siquiera pestañear— me picaba la curiosidad. Me incomodaba, en realidad. Y lo que más me irritaba era que, aunque estaba decidido a mantenerme firme, una parte de mí quería ver qué más tenía para ofrecer.

No subestime el poder de la amabilidad.

Ahora sí. Me reí, solo en mi despacho, como un perturbado.

Aquel terremoto tan desconcertante era lo que había hecho que me hubiese decidido invitarla a almorzar.

No porque creyera que sus ideas pudieran realmente cambiar algo, sino porque necesitaba entender su enfoque antes de que ella pudiera crear el caos en mi empresa. Necesitaba mantener el control, asegurarme de que todo este “experimento” no se nos fuera de las manos. Y un almuerzo podría ser la oportunidad perfecta para observarla más de cerca, sin las formalidades de una reunión de oficina. O al menos ese es el cuento que yo mismo me conté. Para calmarme un poco.

Cogí mi bolígrafo y empecé a escribir algunas notas sobre lo que quería discutir con Connie durante ese almuerzo. Primero, su evaluación inicial: quería saber cómo planeaba medir la productividad y qué áreas creía que necesitaban más atención. Segundo, sus sugerencias preliminares: ¿en qué basaba su optimismo? ¿Cuáles eran sus métodos? Y tercero, y lo más importante, quería ver si había alguna brecha en su enfoque, alguna señal de que su entusiasmo no estaba respaldado por una comprensión real del trabajo que hacíamos aquí.

De repente, me encontré pensando en su sonrisa. Y mientras lo hacía dibujé, en la misma hoja, un esbozo de su rostro.

Cuando era un adolescente se me daba fenomenal dibujar.

Lo terminé y me quedé absorto, contemplando su rostro allí, en tinta negra.

Era cierto. Aquella chica me irritaba porque soy un amargado y las personas alegres me tiran para atrás, pero no podía negar que había algo contagioso en ella.

No me malinterpretéis, no es que quisiera ser contagiado. Pero había algo en cómo se enfrentaba a mis respuestas cortantes que me hizo cuestionar si tal vez ella podría traer algo nuevo al equipo.

Suspiré, sacudiendo esos pensamientos de mi mente. No, debía mantener la perspectiva.

Connie Lowe era una consultora, nada más. Mi trabajo era asegurarme de que no interfiriera demasiado, que no desestabilizara lo que habíamos construido. Por mucho que una parte de mí sintiera una profunda curiosidad, no podía dejar que eso influyera en mi juicio.

El teléfono sonó de nuevo, interrumpiendo mis pensamientos. Era Elizabeth.

—Reed, ya he hecho los arreglos para la agenda de la señorita Lowe. ¿Alguna instrucción adicional?

—No, eso es todo por ahora, Elizabeth. Gracias.

—No hay de qué. Y... —hubo una breve pausa—, Reed. Creo que ha sido un gran acierto traerla. Nos va a aportar una perspectiva diferente. Es estupenda. Deberíamos quedárnosla en el equipo.

Me quedé en silencio durante un momento, procesando lo que acababa de decir. Elizabeth no era de las que ofrecía consejos a la ligera, lo que hizo que sus palabras resonaran más de lo que me hubiera gustado admitir.

—Lo tendré en cuenta, Elizabeth. Vamos a ver qué tal va todo estos días —respondí finalmente, manteniendo mi tono neutral.

Colgué el teléfono y me quedé mirando el papel con su rostro dibujado. Las líneas que había trazado con mi bolígrafo eran ahora más borrosas, como si mis pensamientos se hubieran diluido en el proceso. ¿Una perspectiva diferente? No, no podía permitirme el lujo de pensar de esa manera. Tenía que mantener el control, no solo sobre mi equipo, sino también sobre mí mismo.

Tomé una decisión en ese momento: durante el almuerzo del miércoles, iba a descubrir lo que Connie Lowe realmente nos aportaría. Y quién era en realidad. A lo mejor ella también se había construido una meticulosa fachada. Y aunque una pequeña parte de mí estaba intrigada por ella, no podía dejar que eso nublara mi juicio. Debía ser meticuloso, cuidadoso y, sobre todo, mantenerme en el camino correcto.

Pero, por algún motivo, la sonrisa de Connie seguía apareciendo en mi mente, como una pequeña grieta en el hielo. Negué con la cabeza, volviendo a concentrarme en el trabajo. Tenía que asegurarme de que todo estuviera bajo control, incluyendo cualquier chispa inesperada que intentara prenderse en mi mundo perfectamente ordenado.

CAPÍTULO 3

CONNIE

—¿Así que tu nuevo cliente es un amargado? —me preguntó Crystal, mi compañera en la consultoría, mientras partía un croissant con precisión quirúrgica.

Habíamos quedado para desayunar ese miércoles, a primerísima hora de la mañana. Apenas eran las ocho y la ciudad aún estaba desperezándose.

—Amargado es quedarse corta —respondí, dejando mi taza de té sobre la mesa—. Reed Perry es el tipo de persona que hace que los cactus parezcan tiernos y esponjosos a su lado. Y eso que él no tiene cactus en su mesa para que absorban las malas vibras de su ordenador. No le hace falta. Se basta él solito.

Crystal soltó una carcajada.

—¡Eres un alma demasiado pura para este trabajo, Connie Lowe!

La luz de la mañana entraba a raudales por los ventanales de Fiona's Coffee, el pequeño café donde me encontraba, dándole un brillo especial a las mesas de madera clara y a los mantelitos de lino.

La mezcla de café recién hecho y pan tostado impregnaba el aire, y por un instante, logré olvidar el estrés de los últimos dos días. Frente a mí, mi amiga sorbía su café con la tranquilidad de quien ya ha conquistado el mundo antes del desayuno.

Crystal no dejaba de observarme con esos ojos analíticos que siempre me hacían sentir como si pudiera ver a través de mí.

—Vamos, Connie, cuéntame más. ¿Qué te ha hecho ese hombre en día y medio para que ya lo odies tanto?

—No lo odio, no es eso —repliqué rápidamente, aunque en el fondo sabía que esa respuesta era un tanto precipitada—. Es solo que... lo encuentro frustrante. Lo he observado, Crystal, y no he visto nada bueno en su manera de dirigir. Se encierra en su oficina como si el mundo exterior fuera tóxico para él, y no interactúa con su equipo para nada. No es de extrañar que la moral en esa empresa esté por los suelos.

Crystal asintió, pero su mirada seguía fija en mí, esperando a que continuara. Suspiré, sabiendo que no me dejaría escapar tan fácilmente. Ella siempre quería todos los datos.

Seguí contándole:

—Mira, en un día y medio he visto lo suficiente como para saber que el problema no es tanto de la empresa como de su líder. El equipo está desconectado, desmotivado. Y creo que tiene mucho que ver con la actitud de Perry. Si él no se involucra, ¿cómo espera que su equipo lo haga? El ambiente es tan denso que podrías cortarlo con un cuchillo, y siento que para cambiar las cosas voy a tener que remangarme e implicarme de lleno. Y no se si tres semanas dan para tanto...

Mi compañera se quedó en silencio por un momento, mirándome como si estuviera

decidiendo cómo abordar lo que iba a decir a continuación. Miró su reloj.

—Llevamos...diez minutos hablando de Reed Perry. Así que, ¿qué me dices de él? —preguntó, alzando una ceja—. Te atrae, ¿a qué sí?

Mi reacción fue instantánea, casi defensiva.

—¿Atraerme? ¡En absoluto! —me reí, pero esa risa salió más forzada de lo que me hubiera gustado. Crystal inclinó la cabeza, con esa expresión que usaba cuando sabía que alguien no estaba siendo del todo honesto consigo mismo.

—¿Estás segura? —insistió, dándome tiempo para que lo reconsiderara—. No sería la primera vez que alguien confunde frustración con algo más.

Negué con la cabeza, pero las palabras de Crystal ya habían hecho mella en mí. En cuanto pronunció esa pregunta, atraer, algo se encendió en mi mente, algo que no quería reconocer.

Había estado pensando en Reed Perry más de lo que debería, y no solo por el impacto negativo que tenía en su empresa. Había algo en él, en su presencia, que no podía sacudirme de encima; y admitirlo, aunque solo fuera para mí misma, me provocaba cierta incomodidad.

—Está bien, quizá he hablado muy rápido. Es un tipo atractivo —admití, bajando la voz—. Pero lo digo como observación. Es solo que... no lo entiendo. Me exaspera que alguien pueda ser tan cerrado, tan insensible a lo que pasa a su alrededor, y me molesta aún más que, a pesar de todo eso, siga pensando en él.

Crystal sonrió con ese gesto que tanto detestaba, esa sonrisa que decía "sabía que llegarías a esa conclusión tarde o temprano".

—Bueno, es comprensible que te sientas atraída por el desafío que él representa. A veces, las personas más difíciles nos llaman la atención porque son enigmas que queremos resolver. Pero ten cuidado, cariño. Reed Perry es ahora mismo tu cliente disfrazado de jefe, y ya sabes lo que dicen sobre enamorarse de los CEOs...qué te voy a contar.

Me reí otra vez.

Risita nerviosa.

—Oh, por favor, Crystal. No voy a enamorarme de él —insistí, tal vez un poco demasiado rápido—. Esto parece un chiste malo. Lo último que quiero es complicarme la vida con algo así. Además, tengo mucho trabajo que hacer ahí dentro y no voy a permitir que cualquier emoción interfiera con lo que he ido a hacer.

Ella asintió, como diciendo: claro, claro.

—Si te entiendo, pero solo te lo digo para que lo tengas en cuenta. Estas situaciones pueden complicarse muy rápido. Ahora, hablando de trabajo, ¿cómo ves el resto de la empresa? ¿Alguien más ha logrado romper esa coraza tuya, además de mister Perry?

Agradecí la posibilidad de cambiar de tema. A Crystal no se las daban con queso.

—Bueno, si te soy sincera, el ambiente en general es bastante malo. El equipo está apagado, como si estuvieran atrapados en una rutina sin fin. Pero hay una excepción: la señora Elizabeth Best. Es la asistente de Reed, y te diré, es maravillosa. Hemos hecho buenas migas enseguida. Es profesional, eficiente, pero también tiene ese toque humano que parece faltar en el resto del equipo.

—Pues parece que puedes tener una buena aliada en la señora Best. Aprovecha eso, Connie. Si ella tiene influencia sobre Perry, podrías usarlo a tu favor para implementar los cambios que necesitas.

—Eso espero —asentí—. Hasta ahora, ella es la única persona con la que me he sentido realmente conectada en la empresa. Incluso me ha dado algunos consejos sobre cómo manejar a

Reed... aunque no estoy segura de que nada funcione con él.

Crystal terminó su café y dejó la taza en la mesa, mirándome algo más seria.

—Tienes un gran desafío por delante, Connie. Pero si alguien puede con esto, eres tú. Solo recuerda que no estás ahí para cambiar a Reed Perry. Estás ahí para mejorar ciertos procesos de su empresa. Y si para lograrlo tienes que sacudir un poco las cosas, entonces adelante. Pero mantén tus prioridades claras y no te dejes desviar por... distracciones inesperadas. Es mi consejo no solicitado.

Sabía a lo que se refería. Y aunque me costaba admitirlo, tenía razón. Reed Perry no debía convertirse en una distracción, por mucho que su actitud me sacara de quicio o, peor aún, despertara esa curiosidad insidiosa que ya estaba empezando a hacerme cuestionar mis propios sentimientos. Este trabajo era mi prioridad, y necesitaba enfocarme en eso.

—Gracias, Crystal —dije finalmente, sonriendo—. Creo que necesitaba escuchar eso.

Yo apenas llevaba un año y medio en aquella consultoría, y ella era toda una experta con diez años de experiencia a su espalda. Conocía muy bien a los CEOs más déspotas de Nueva York y sabía perfectamente cómo manejarlos. Incluso se había casado con uno.

Crystal me sonrió con un toque de picardía en su expresión.

—Sabes que siempre estoy aquí para ponerte en tu lugar cuando lo necesites. Y no te preocupes, Perry no sabrá de dónde le vino la hostia cuando termines con él... en el buen sentido, claro.

—Qué bruta eres, Crystal.

Nos reímos juntas mientras me daba cuenta de que, aunque todavía tenía mucho que resolver, me sentía más preparada para enfrentarme a lo que venía. Pagué la cuenta del desayuno, pedí un café para llevar y me despedí de Crystal, sabiendo que tenía un día largo por delante.

Elizabeth Best me había recordado dos veces que no hiciese planes para aquel mediodía. Mientras caminaba hacia la oficina, no pude evitar preguntarme si lo vería otra vez. Me temía que sí. Que ese era el día en que Reed querría verme de nuevo. ¿Cómo me lo encontraría? Por mucho que quisiera centrarme en el trabajo, la distracción estaba servida en bandeja. Me alegré de no habérselo contado todo a Crystal.

CAPÍTULO 4

CONNIE

Llegué a la oficina con el café aún caliente en la mano, lista para enfrentarme a otro día lleno de retos. Mientras caminaba por el pasillo hacia el escritorio que Elizabeth me había asignado, noté que había algo raro en el ambiente. Un murmullo generalizado, seguido de lo que sonó como un estruendo, rompió la habitual monotonía de la mañana. Me acerqué al departamento de marketing, de donde parecía provenir el ruido, y lo que vi me dejó sin palabras.

Una escena de caos frente a mis ojos. Dos empleados, un chico alto y desgarbado con el pelo enmarañado y una chica con expresión feroz y pelo rojizo, estaban enfrascados en una discusión acalorada.

Gritaban tan fuerte que era imposible ignorarlos, y lo más alarmante era que sus compañeros no estaban intentando calmarlos, sino que se habían reunido en círculo a su alrededor, como si aquello fuera algún tipo de espectáculo.

Las faltas de respeto empezaron a sobrevolar la sala.

—¡Eres un completo idiota, Ben! —gritó la chica, señalándolo con un dedo acusador—. ¡Siempre te apuntas el tanto gracias a mi trabajo y estoy harta de eso!

El tal Ben no se quedó atrás. Con los puños apretados, replicó:

—¡No me culpes a mí si no puedes manejar la presión, Madeline! ¡Alguien tiene que sacar adelante las campañas, y si tú no puedes, entonces yo lo haré!

Antes de que pudiera intervenir, Ben hizo algo que me dejó boquiabierta. Caminó con paso firme hacia una de las ventanas de la oficina, la abrió de par en par y, en un arrebato de pura frustración, lanzó una pila de papeles al vacío.

El escándalo fue inmediato. Alguien gritó, otros se rieron, y algunos empleados echaron mano de sus teléfonos para grabar la escena, como si aquello fuera un episodio de un *reality*. No podía creer lo que estaba viendo. Si no hacía algo, esto podía terminar muy mal.

Dejé mi café en una mesa cercana y me planté en el centro de la trifulca.

—¡Basta ya! —grité, imponiéndome por encima del alboroto. Todos se giraron hacia mí, incluyendo Ben y Madeline, que parecían sorprendidos de verme allí—. ¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?

Hubo un silencio incómodo. Ben, con la mirada todavía desafiante, fue el primero en hablar:

—¿Y quién eres tú?

—Soy la encargada de que esto empiece a funcionar de una vez por todas.

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo? —preguntó Madeline.

—Es que ella... —empezó su compañero.

—No quiero saberlo ahora —lo corté, levantando una mano para que se callase—. Ambos, tomad asiento. Y los demás —dije, dirigiéndome a los curiosos que seguían observando—, volved a vuestros escritorios. Esto no es un *show* de Times Square. Vamos, ¡moveos!

A regañadientes, los empleados empezaron a dispersarse, murmurando entre ellos. Madeline y Ben, todavía lanzándose miradas asesinas, se sentaron en sillas opuestas, y yo me situé en el medio, como una mediadora inesperada.

—Bien. Mi nombre es Connie, creo que aún nos conocemos. Me veréis por aquí durante las próximas semanas para detectar problemas de procesos en la empresa. Y creo que acabo de toparme con uno —dije, respirando profundamente para mantener la calma—. Ahora, quiero que cada uno de vosotros me diga qué está pasando. ¿Qué ha causado este alboroto?

Ben y Madeline se miraron como si esperaran que el otro hablara primero. Finalmente, ella rompió el silencio.

—Es que Ben siempre se apropia de mis ideas —dijo, cruzando los brazos con frustración—. Yo trabajo muy duro en las propuestas, pero cuando llega el momento de presentarlas, él es el que recibe todo el crédito. Y estoy cansada de sentir que mi trabajo no vale nada.

Ben abrió la boca para replicar airadamente, pero lo detuve con una mirada.

—¿Y tú, Ben? —le pregunté, con un tono más moderado—. ¿Qué tienes que decir sobre esto?

Él se encogió de hombros, pero se notaba que estaba a la defensiva.

—Mira, Connie... Madeline es buena en lo que hace, no lo voy a negar. Pero a veces es demasiado lenta, y las cosas tienen que moverse rápido. Si tengo que intervenir para que las campañas no se caigan, lo haré. No es mi culpa que las cosas funcionen así.

Asentí, sopesando las palabras de ambos.

—Está claro que hay problemas serios aquí —dije finalmente—. Y no son solo entre vosotros dos. Esto va más allá, y está afectando al equipo entero. Antes de que alguien más decida lanzar algo por la ventana, quiero que todos los del departamento os sentéis aquí y habléis sobre lo que está pasando.

Ben y Madeline intercambiaron miradas de sorpresa, pero obedecieron mientras los otros miembros del departamento entraron a regañadientes en la sala de reuniones cuando les hice una señal con la mano. Una vez que todos estuvieron sentados, cerré la puerta y me dirigí a ellos con la mayor calma posible.

—Bien, vamos a hacer esto de manera ordenada —empecé—. Necesito que cada uno de vosotros me diga cuál cree que es el mayor problema en este departamento. Y quiero honestidad, sin culpar a nadie en particular, solo hechos. Va, empecemos.

Al principio, hubo silencio, pero poco a poco, uno por uno, empezaron a hablar. Las quejas iban desde la falta de comunicación hasta la presión por cumplir con plazos imposibles. La falta de reconocimiento y la sensación de que el equipo no estaba trabajando unido también se mencionaron en varias ocasiones.

Tomé notas mientras hablaban, observando cómo las tensiones salían a la superficie. Cuando terminaron, me tomé un momento antes de decirles lo que pensaba.

—Es obvio que hay problemas estructurales aquí, pero también hay conflictos entre vosotros que no se pueden ignorar —les dije—. Lo que os propongo es que empecemos por mejorar la comunicación. Vamos a hacer reuniones diarias cortas, donde cada uno pueda compartir lo que está haciendo y lo que necesita de los demás. También trabajaremos en dar reconocimiento a quien se lo merece. Si alguien tiene una idea o trabaja en algo, esa persona debe recibir el crédito por ello.

Algunos asintieron, otros simplemente me miraron con escepticismo. Pero todos sabían que necesitaban un cambio.

—Esto no va a solucionarse de la noche a la mañana, pero si todos ponéis de vuestra parte, podemos mejorar el ambiente de trabajo —concluí—. Y por favor, mantened las ventanas cerradas, ¿de acuerdo? Sabéis que eso está recogido en la normativa de este edificio, ¿no?

Hubo una risa nerviosa en la sala, y aunque no era mucho, era un comienzo.

—Eso es todo por ahora —dije, observando cómo los miembros del equipo de marketing se levantaban y regresaban a sus escritorios.

Mientras todos salían de la sala, sentí una presencia detrás de mí. Me giré y allí estaba Reed Perry, observándome con esos ojos serios e impenetrables, como si hubiera estado evaluando cada uno de mis movimientos.

En realidad, yo solo estaba haciendo su trabajo.

Y esperaba que hubiese tomado buena nota.

—Reed —dije, forzando una sonrisa, aunque por dentro me moría de curiosidad por saber qué pensaba de aquel *show*.

Él no respondió de inmediato, solo me miró con una expresión que no logré descifrar. Finalmente, dijo con calma:

—Buenos días, Connie. Espérame abajo, en el vestíbulo, a la una en punto. Iremos a almorzar fuera.

Antes de que pudiera responder, ya se estaba dando la vuelta para marcharse, dejándome con mil preguntas en la cabeza y un ligero cosquilleo en el estómago. ¿Había estado observándome durante todo este tiempo? ¿Y qué pensaba decirme durante ese almuerzo?

Suspiré, recogiendo mis cosas mientras intentaba aclarar mi mente.

Una cosa era segura: aquella pequeña “intervención” en el departamento de marketing era solo el comienzo del día, y Reed Perry, con su actitud enigmática, iba a asegurarse de que no olvidara el resto.

CAPÍTULO 5

REED

Vi cómo llegaba al vestíbulo justo a la una en punto, ni un minuto antes ni uno después. Connie Lowe, con su energía contagiosa y esa manera de caminar, era una contradicción constante. Algo dio un salto en mi interior, y lo identifiqué como excitación pura y dura, aunque la disfrazara bien tras mi habitual máscara de seriedad.

—Puntual —le comenté, sin dar muestras de mi creciente curiosidad por lo que tenía que decir.

Ella esbozó una sonrisa.

—Intento mantenerme a tu altura en al menos un aspecto, Reed —respondió, con un tono ligeramente burlón que ya había empezado a reconocer en ella.

El “usted” había desaparecido entre nosotros. Bien. Muy bien. Le hice un gesto para que me siguiera y salimos a la calle, donde mi coche ya nos esperaba. No hice ningún comentario sobre el hecho de que el conductor le abrió la puerta a ella primero; parte de mí quería ver cómo reaccionaría a la sutilidad del gesto.

Connie, con su actitud desenfadada, agradeció con una sonrisa y se acomodó en el asiento trasero, observando el paisaje de la ciudad a través de la ventana mientras arrancábamos.

El viaje transcurrió en un silencio cómodo, algo que me sorprendió. Estaba acostumbrado a que la gente llenara los vacíos con charla innecesaria, pero Connie parecía no tener prisa por romper el hielo. Por otro lado, yo tenía mis propios pensamientos que procesar.

Este almuerzo no era solo una cortesía; quería entender por qué Connie estaba convencida de que podía cambiar algo en mi empresa cuando yo, desde mi despacho, había estado luchando con los mismos problemas durante meses. Ese era su trabajo y para eso la había contratado; tal vez como último recurso, pero estaba ansioso por conocer sus primeras impresiones.

El coche se detuvo frente a un rascacielos que dominaba el horizonte. Con un gesto, la invité a salir, y juntos nos dirigimos al vestíbulo donde un ascensor nos esperaba para llevarnos al restaurante que había en la cima.

Cuando las puertas se abrieron, la vista nos dejó sin aliento: la ciudad se extendía bajo nosotros como una maqueta, con el sol brillando sobre los edificios. Nos condujeron a una mesa junto a la ventana, donde el panorama de Nueva York era cuanto menos impresionante.

—Es un lugar increíble, Reed —comentó Connie, recorriendo con la mirada el elegante entorno.

—Solo lo mejor para una consultora de renombre como tú —respondí, no sin un toque de sarcasmo. A lo mejor pensaba que era un idiota, pero no podía evitarlo.

—Ah, ¿así que este es tu intento de impresionarme? —bromeó, levantando una ceja—. Pensé que preferías intimidar a tus empleados, no encantarlos.

Solté una risa suave, pero no respondí de inmediato. Nos sentamos, echamos un vistazo al

menú y a la carta de vinos y después de pedir, decidí que era momento de ir al grano.

—Vamos a hablar de procesos —dije, inclinándome ligeramente hacia ella—. Estoy interesado en saber qué crees que puedes hacer para mejorar la productividad de la empresa.

Connie me miró directamente a los ojos, algo que pocas personas se atrevían a hacer durante tanto tiempo. Su franqueza me desarmó un poco.

—Lo primero que puedes hacer, Reed, es salir de tu despacho de vez en cuando —dijo sin rodeos. Mi sorpresa debió de reflejarse en mi rostro, porque ella continuó—. No he visto a nadie más aislado en mi vida. Estás dirigiendo una empresa, pero no te involucras con la gente que la mantiene en marcha. Y lo más irónico es que para saber esto no necesitabas contratar a una consultora. Solo tenías que levantar el trasero de esa silla de cuero tan cómoda y pasear un poco entre tus empleados.

Hubo un momento de silencio. Sus palabras eran un golpe directo, pero no podía negarlo: ella tenía razón, y no me gustaba admitirlo.

—¿Eso es todo? ¿Crees que simplemente integrándome con el equipo, la productividad mejorará? —pregunté, intentando sonar escéptico, aunque sabía que el argumento tenía mérito.

—No solo eso, Reed. También tienes que escuchar. Escuchar de verdad. La situación en marketing, por ejemplo, se está saliendo de control porque nadie siente que su voz importa. Y eso no es algo que se solucione desde un despacho cerrado. La gente necesita sentirse valorada y vista, no solo dirigida.

Asentí, asimilando sus palabras. No estaba siendo suave ni delicada. En ese momento, el camarero llegó con los platos, y durante unos minutos, comimos en un silencio reflexivo.

Decidí cambiar de tema, aunque no tanto como para perder el foco. Había algo más que me intrigaba.

—Me ha dicho Elizabeth que querías acceso a la planta octava. ¿Por qué te interesa tanto? —pregunté, con un tono neutro, pero atento a su reacción.

Connie dejó su tenedor a un lado y me miró fijamente.

—Es mi trabajo entender cómo funciona toda la empresa, no solo las partes que tú decides mostrarme. Si hay algo en esa planta que influye de alguna forma en la productividad, necesito verlo. No soy de las que se conforman con medias verdades.

Mantuve mi expresión impasible, aunque su insistencia me hizo admirarla aún más. La planta octava no era algo que pudiera simplemente mostrarle, al menos no por ahora.

—Esa parte de nuestras oficinas no es relevante para lo que estás haciendo —respondí, notando cierta decepción en su rostro—. Hay asuntos que tienen que permanecer confidenciales, Connie.

Ella me miró, claramente insatisfecha con mi respuesta, pero lo dejó pasar por el momento. Entonces, la conversación dio un giro inesperado.

—¿Por qué eres así? —preguntó de repente, como si hubiera estado conteniendo esa pregunta desde que nos conocimos—. Aislado, desconfiado. Entiendo que ser CEO es estresante, pero eso no significa que tengas que cargar con todo tú solo.

Su pregunta me pilló desprevenido. No estaba acostumbrado a que la gente cuestionara mi manera de ser, al menos no de forma tan directa.

—Ser CEO no es solo un trabajo, Connie —respondí después de un momento—. Es una responsabilidad. Cada decisión que tomo afecta a cientos de personas. Es fácil juzgar desde fuera, pero desde mi perspectiva, es más seguro mantener una cierta distancia con el equipo.

Me miró, no sé si desafiante, o si empezaba a entender mi manera de operar.

—Lo entiendo, Reed. Pero también sé que nadie puede hacerlo todo solo. Necesitas confiar

en tu equipo, en la gente que trabaja contigo. Si sigues aislándote, no solo te harás daño a ti mismo, sino también a tu proyecto.

Mis ojos se quedaron anclados un momento a su melena rubia. El flequillo le cayó sobre los ojos y Connie lo apartó enseguida.

Había algo en su voz, en la manera en que me miraba, que me hizo sentir algo que no había sentido en mucho tiempo. No era solo atracción física, aunque eso también estaba presente. Era algo más profundo.

La deseaba. Mucho.

La comida era deliciosa, y esa fue la excusa que utilicé para cambiar un poco de tema. Nuestra conversación se fue volviendo más personal, casi sin darnos cuenta. Hablamos de nuestras carreras, de lo que nos motivaba, de los sacrificios que habíamos hecho para llegar hasta aquí. Y en medio de todo, la química entre nosotros se hizo cada vez más evidente. Connie tenía una manera de romper mis defensas que nadie más había logrado. Me atraía, y no solo por su inteligencia y su pasión, sino por la manera en que me desafiaba. Nadie, ni siquiera Elizabeth, se había atrevido jamás a hablarme como lo hacía ella, poniendo los puntos sobre las íes.

Al final del almuerzo, cuando nos levantamos para irnos, ya no podía negar la creciente tensión entre nosotros. Nos dirigimos hacia el ascensor en silencio, pero era un silencio cargado de eso que ambos sabíamos que estaba allí, aunque ninguno lo decía en voz alta.

Entramos al ascensor y las puertas se cerraron suavemente. De repente, cuando bajábamos, las luces parpadearon y el ascensor se detuvo con un suave tirón.

Connie me miró.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

Miró al techo del ascensor.

Cerró los ojos y respiró hondo.

—Parece que sí —respondí, sin apartar la mirada de ella.

El ascensor estaba detenido, y con él, el mundo exterior. Connie y yo nos habíamos quedado atrapados en este pequeño espacio, solos, con nada más que nuestras propias emociones. La realidad de nuestra situación era innegable, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí completamente fuera de control. Y, extrañamente, no me importaba en absoluto.

CAPÍTULO 6

CONNIE

Era mal momento para sucumbir a sus encantos, pero es que el sitio era aún peor.

Miré al techo del ascensor, la luz se había detenido en la planta catorce, estábamos casi en las nubes y, con un simple vistazo de reojo supe que Reed era imparable.

—Connie...

Se acercó, y antes de cerciorarse de que yo lo deseaba y de que no estaba a punto de tener un ataque de pánico, deslizó su mano por mi cuello y me besó. Fue más la suave caricia de sus dedos que su boca lo que provocó una explosión controlada entre mis piernas.

—Me gustas mucho —dijo, en cuanto se separó unos milímetros de mi boca—. ¿Esto es inapropiado?

Me habría reído si no fuese porque yo también me estaba encendiendo.

—Lo es.

—¿Y qué hacemos?

Podría haber soltado cualquier disparate pero lo que no podía hacer era pretender que estaba ofendida o que quería que se apartase de mí de inmediato, porque no era así. Todo lo contrario. La maldita realidad era que no quería que aquellas puertas se abriesen jamás.

Le contesté con mi cuerpo desplegándose poco a poco ante sus avances.

Había un botón de seguridad en el panel de mando pero ninguno de los dos hizo el más mínimo gesto de estirar el brazo para pedir ayuda.

Ninguno de los dos estaba pensando.

Solo reaccionábamos a la brutal dictadura de nuestros cuerpos.

Incliné el cuello para que sus labios me recorriesen mejor. Lo miré y supongo que no era necesario decir nada más, y era evidente que Reed no podía esperar ni un segundo más para probarme. Me subió la falda y con un solo dedo recorrió la goma de mis braguitas.

Me acarició un poco, como si esperaba mi reacción, o como si esperaba que le parase, pero no lo hice, así que Reed se agachó y empezó a recorrer toda mi intimidad con su lengua. Me agarré a la barandilla interna del ascensor.

—Dios. Mío.

—¿Es demasiado, Connie? Por favor, tienes que pararme ahora si quieres que esperemos...

Mi mano se hundió en su pelo y acercó su cabeza aún más a mí.

—Sigue, Reed. Por favor. No te detengas.

Era como si todo ahí abajo fuera un gigantesco clítoris, como si las sensaciones que era capaz de despertarme se hubiesen multiplicado, alcanzando cotas desconocidas.

Supuse que fue por lo inapropiado, por el deseo que nos consumía y por la nula resistencia que los dos pusimos. Mi pierna se desplazó sola, colocando la parte interna de mi rodilla sobre su hombro para darle un mucho mejor acceso. Hundí las manos en su pelo y prácticamente dirigí

con ellas cada uno de sus movimientos.

—Oh....Creo que voy....Voy a...

Reed me devoró hasta que un orgasmo salvaje me sacudió entera.

Después se puso en pie, sin aliento, relamiéndose los labios, buscando con su lengua los jugos que resbalaban hacia su brillante barbilla.

—Deliciosa. Tenemos que ser rápidos, Connie. Se darán cuenta de que uno de los ascensores no está funcionando.

Era todo tan demencial, tan sinsentido...

Las rodillas me temblaban tanto que dudaba que pudiese salir de allí por mi propio pie.

Mientras Reed me giraba en aquel minúsculo habitáculo que —me prometí— jamás volvería a pisar, pensé por primera vez en el mundo exterior, en el día siguiente, en qué iba a pasar con el trabajo que tenía entre manos. En qué pasaría si Crystal supiese lo que estaba haciendo con nuestro cliente, un cliente importante...y ni todas las calamidades del mundo podían interponerse entre mi razón y mi deseo.

Con la voz entrecortada, me dijo:

—Me encantaría tumbarme en el suelo y que te subieses encima de mí. Que te saciases de mi cuerpo y que hicieses conmigo lo que quieras pero verte así, de espaldas, con la cara apoyada en la pared, así de entregada... Deberías verte. Estás increíble. Eres una obra de arte, Connie Lowe...

Sabía muy bien, aunque no lo estaba mirando, que Reed estaba admirando mi culo. Paseaba sus manos por mis nalgas, y de ahí a mi cintura, y al instante siguiente sentía su respiración caliente, junto a mi oreja. Lo busqué con la cadera. Lo deseaba tanto que ya me daba igual todo...

—¿Quieres hacer esto aquí, Connie? Necesito que me lo digas, porque una vez que lo hagamos, no hay vuelta atrás entre tú y yo. Llevo unos días obsesionado contigo y a partir de hoy, esto solo puede ir a más...

—Aquí —le dije—. Ahora.

Era todo lo que Reed necesitaba oír.

Ya me ocuparía de la resaca de lo que estábamos haciendo. Entre sus brazos solo podía pensar en lo mucho que deseaba ser suya.

Busqué su cremallera con mis manos. Era evidente que mis manos temblaban, mientras intentaba bajarle un poco los pantalones a Reed. Él me ayudó enseguida y en cuanto lo hizo pude comprobar que el calor llevaba un tiempo acumulándose... justo ahí.

Y yo estaba preparada.

Metí la mano en el boxer, y rodeé su miembro con mis dedos, apretando un poco, deslizando toda aquella humedad arriba y abajo.

—Joder, Connie.

Apreté un poco más. Traté de concentrarme. Me empleé a fondo. Era larga y probablemente la polla más gruesa con la que me había encontrado, aunque no podía decirse que yo tuviese mucha experiencia. No me preocupó ni un ápice; estaba tan preparada para él que aquello...iba a entrar sí o sí.

—Date la vuelta otra vez, Connie.

Me sujetó por la cintura y apuntó a mi interior. Podía sentirlo, impregnándose de mi humedad. Dios mío, estábamos siendo muy sucios. Unos completos dementes. Era todo tan ardiente y tan...inesperado. Me agarré con fuerza a la barra e incliné la espalda en un ángulo de

noventa grados. Él sujetó su polla con su mano para dirigirla mejor.

La hundió en mi cuerpo y alcancé de nuevo el éxtasis. Me horrorizaba reconocer o demostrar con mis gestos, con mis gemidos, que había alcanzado un nuevo orgasmo solo con aquella deliciosa invasión.

Así que las embestidas que siguieron fueron una deliciosa coda, fueron las olas retirándose después de romper en la playa, y pude concentrarme en cada uno de los deliciosos sonidos de indescriptible placer que salían de la garganta de, sí, ahora podía decirlo, mi amante, Reed Perry.

Mi cliente, mi amante.

Los dos habíamos sucumbido.

Siguió follándome hasta que ya no pudo más.

Reed se descargó en mi ropa interior.

—Nunca...había sentido nada igual. Nunca había hecho *esto*, Connie.

Y y no podía contestar otra cosa que no fuese:

—Yo tampoco.

Porque, ¿a qué había venido todo aquello?

¿Qué nos había pasado en ese maldito ascensor?

CAPÍTULO 7

REED

No había logrado concentrarme en nada desde que volvimos a la oficina. Mi mente estaba atrapada en ese ascensor con Connie, reviviendo cada segundo, cada mirada, cada caricia. Había pasado solo un día de aquello, pero sentía como si el mundo fuese otro, uno completamente distinto.

Todo había cambiado entre nosotros, claro. Lo que comenzó como una atracción tácita, un reconocimiento mutuo de la energía que compartíamos, se había convertido en algo tangible.

Aquellos besos, el no poder frenar nuestro deseo...en un maldito ascensor público, sus manos en mi piel, la manera en que sus ojos me buscaron con la misma necesidad que sentía yo... todo eso había dejado una huella que no podía ignorar. Y ahora... Connie me evitaba.

Esa era la realidad.

Podía intuir la razón, claro, pero yo no estaba dispuesto a pasar página. Ni siquiera era capaz de aparcarme el tema por un día. Ni por unas horas.

Intenté enfocarme en el trabajo, pero cada informe que leía parecía disolverse en mis manos. Mi atención volvía a Connie Lowe una y otra vez, preguntándome por qué ella, que había sido tan valiente con sus palabras y sus acciones, ahora parecía estar evitando cualquier interacción conmigo.

No la había visto por la oficina.

Estaba convencido de que estaba allí, en algún sitio, y que me había esquivado activamente desde que nos separamos a la salida del ascensor —de repente, a los quince minutos de estar allí dentro, aquel trasto siguió funcionando con normalidad—. Me dijo que iba a su casa a cambiarse de ropa. Le dije que por supuesto, que ya nos veríamos en la oficina.

Pero Connie no volvió esa tarde.

Me temí lo peor.

Intenté llamarla por la noche, pero tenía el móvil apagado, así que no me fui a dormir tranquilo.

¿Se sentía avergonzada?

Dios, esperaba que no.

A las once de la mañana del día siguiente decidí que ya había soportado suficiente incertidumbre. Me levanté y me dirigí al despacho de Elizabeth. Si alguien sabía algo, sería ella.

—Reed, ¿algo en lo que pueda ayudarte? —preguntó mi secretaria al verme entrar.

Siempre tan eficiente, tan profesional, y con un sexto sentido que pocas veces fallaba.

—Sí, necesito saber si Connie Lowe ha estado hoy en la oficina. No la he visto desde ayer.

Me miró extrañada, con una curiosidad apenas disimulada, pero como siempre, Elizabeth mantuvo la compostura.

—Uhhh...Sí, señor. Connie llegó temprano esta mañana. Ha estado trabajando con varios

grupos de distintos equipos, revisando procesos y recopilando datos para su informe. La vi hace una hora, de hecho, estaba trabajando en su despacho.

Asentí, aunque su respuesta no me proporcionaba el alivio que buscaba. Me extrañaba. Me había asomado dos veces por allí y no la había visto.

—Gracias. ¿Podrías decirme si mencionó algo sobre... sobre lo que está haciendo ahora? — intenté no sonar demasiado obvio, pero Elizabeth me conocía demasiado bien para no darse cuenta de que me traía algo entre manos.

Ella sonrió ligeramente, con la amabilidad de alguien que comprende más de lo que dice.

—Ahora que recuerdo, mencionó que está terminando de redactar su informe preliminar. Parecía muy enfocada en ello. Con ganas de ponerse manos a la obra.

Preliminar, pensé.

Estaba adelantando el trabajo rápidamente. ¿Tal vez estaba tratando de terminar y salir de aquí lo antes posible? La idea me molestaba más de lo podría reconocer.

—Gracias, Elizabeth —dije, con una leve inclinación de cabeza antes de volver a mi oficina.

Me senté de nuevo detrás de mi escritorio, tamborileando los dedos contra la superficie de madera. ¿Por qué estaba tan inquieto? Había mantenido con mano firme el control de cada aspecto de mi vida durante años, y de repente, con Connie, me sentía como un principiante, incapaz de anticiparme a sus movimientos. Y lo peor era que me importaba. Demasiado.

Finalmente, decidí que no podía seguir así. Cogí el teléfono y marqué el número de su extensión, o donde se suponía que debía estar.

Connie contestó después del tercer tono.

—Reed —dijo—. ¿Todo bien?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, Connie —respondí, intentando no sonar molesto—. ¿Soy yo, o has estado evitándome hoy? ¿Tengo que pedirle otra vez a Elizabeth que bloquee tu agenda para poder verte?

Hubo una pausa al otro lado de la línea, y pude imaginar su mente trabajando, buscando la respuesta correcta.

Resopló.

—No es eso, Reed —dijo finalmente—. Solo he estado... ocupada. Ya sabes, con todo el trabajo que queda por hacer...

—Entiendo. Pero eso no quita que no hayas pasado ni un minuto por mi oficina, cuando ayer... bueno, fue un día bastante intenso, ¿no crees?

Otra pausa. Esta vez, más larga.

—Sí, lo fue —admitió, su voz más suave, casi en un susurro—. Y es por eso que creo que lo mejor es enfocarme en terminar lo que me pediste. Creo que ambos necesitamos un poco de espacio para procesar lo que pasó.

Su honestidad me desarmó por un momento, pero no iba a dejarla escapar tan fácilmente.

¿Espacio?

¿Por qué quería espacio?

—Espacio o no, Connie, me gustaría verte esta noche. ¿Qué te parece una cena? Nada de trabajo, solo tú y yo.

Pude escuchar cómo contenía el aliento.

Joder, ¿me estaba rechazando?

—Reed... no sé si eso es lo mejor ahora —dijo finalmente—. No quiero que mezclemos más las cosas. Te prometo que una vez termine este informe, hablaremos. Pero ahora, creo que es

mejor que me concentre. Es importante para mí...

Mantuve el silencio unos segundos, sopesando sus palabras. Entendía su posición, pero no podía evitar sentir una frustración exasperante. Ella tenía razón, lo sabía, pero eso no hacía que la idea de esperar me resultara más fácil.

—Lo entiendo, Connie. Pero también quiero que sepas que esto no ha terminado. Hay algo entre nosotros, algo que no podemos ignorar y ya está. Así que, cuando estés lista, estaré esperando.

Hubo un pequeño silencio antes de que ella respondiera, y cuando lo hizo, había una sonrisa en su voz, aunque fuera pequeña. Su sonrisa. La que iluminó todo al entrar en mi vida.

—Yo tampoco quiero ignorarlo, Reed. Pero déjame terminar primero con la asesoría. Prometo que después de eso, cenaremos, sin excusas.

Me sentí algo aliviado por la promesa, aunque el hecho de tener que esperar seguía molestándome. No estaba acostumbrado a desear algo que no podía obtener inmediatamente, y Connie me estaba enseñando a lidiar con eso.

—De acuerdo —dije finalmente—. Me parece un trato justo. Pero no te sorprendas si encuentras flores en tu oficina antes de que el día termine.

Ella se rio.

—Lo tendré en cuenta. Y Reed... gracias por entenderlo.

—No hay de qué. Solo hazme un favor, Connie: no me hagas esperar demasiado.

—No lo haré —prometió, y luego colgamos.

Me quedé mirando el teléfono, totalmente descolocado. Había sonado patético.

Mi primer impulso era levantarme, salir de allí e ir a buscarla. Tendría que haber hecho eso en lugar de llamarla. No estaba acostumbrado a eso, no. ¿Que una mujer me rehuyera después de habernos entregado el uno al otro? ¿A Reed Perry?

Las cosas tenían que cambiar drásticamente la próxima vez que nos viéramos.

Había algo en ella que me inquietaba de la mejor manera posible, y mientras esperaba, no podía evitar sentir que estaba a punto de comenzar algo que cambiaría todo.

Había empezado ese día con preguntas, y aunque algunas seguían sin respuesta, ahora tenía algo más: la certeza de que Connie y yo... esto estaba lejos de haber terminado.

CAPÍTULO 8

Colgué el teléfono y me quedé mirando la pantalla en blanco, como si me hubiera traicionado a mí misma. Mi corazón latía con fuerza. Una parte de mí estaba emocionada por aquella llamada. Por haber escuchado su voz y su deseo inequívoco de volver a verme. Pero otra parte, la más lógica, estaba sumida en un torbellino de dudas y preocupaciones.

Había pasado la noche en vela, torturándome por lo que había sucedido en ese ascensor. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a revivir ese momento: el calor de sus manos sobre mi piel, la forma en que su mirada había atravesado todas mis defensas, haciéndome sentir vulnerable y, al mismo tiempo, más viva de lo que había estado en mucho tiempo.

Sin embargo, esa misma intensidad me había dejado mortificada. ¿Cómo había permitido que las cosas se salieran tanto de madre? ¿Cómo había permitido que mi atracción por Reed nublara mi juicio profesional? Estaba aquí para hacer un trabajo, no para complicar las cosas con el CEO de la empresa.

Me levanté de la silla y comencé a caminar de un lado a otro en el despacho, incapaz de quedarme quieta. Mi mente volvía una y otra vez a las mismas preguntas, sin encontrar respuestas satisfactorias.

La noche anterior, en medio de la confusión y casi diría que con un pequeño ataque de pánico, incluso había considerado llamar a Crystal para pedirle que me sustituyera, o mejor aún, renunciar al proyecto y marcharme antes de que las cosas se complicaran más. Pero no lo había hecho. Y ahora, con el teléfono aún caliente en mis manos, me preguntaba por qué.

Me detuve frente a la ventana, observando las vistas sobre el Hudson. Todo parecía tan normal allí fuera, como si el mundo siguiera girando sin problemas, mientras mi mundo interior se tambaleaba al borde del abismo.

Me moría de ganas de volver a ver a Reed, de sentir de nuevo esa conexión intensa, pero al mismo tiempo, sabía que había cruzado una línea peligrosa. Y que no había vuelta atrás.

Mi teléfono vibró en la mesa, sacándome de mis pensamientos. Era un mensaje de Crystal:

¿Cómo va todo? ¿Ya conquistaste el mundo corporativo, o necesitas que llegue con refuerzos?

Dios, Crystal. Qué oportuna. Sonreí a pesar de todo. Ella siempre sabía cómo hacerme sonreír, incluso cuando todo parecía un desastre. Me senté de nuevo en la silla y comencé a teclear una respuesta, pero luego me detuve. ¿Debería contarle lo que había pasado? Sabía que me diría que siguiera mi instinto, que me dejara llevar por lo que sentía. Pero también sabía que ella entendía los riesgos.

Finalmente, decidí ser honesta:

He conquistado algo... pero no estoy segura de que sea el mundo corporativo. Las cosas se

complicaron un poco con el CEO.

No tuve que esperar mucho para su respuesta:

Lo sabía. ¿Cómo de complicado?

Solté un suspiro y le escribí todo, sin entrar en demasiados detalles acerca de lo del ascensor. Necesitaba sacarlo de mi sistema, y Crystal siempre había sido la persona en la que confiaba cuando las cosas se volvían demasiado confusas.

Unos segundos después, el teléfono volvió a vibrar.

Guau, Connie... eso es mucho. ¿Estás bien?

Contesté:

Sí y no. Me siento atraída por él, Crystal. Mucho. Y no puedo dejar de pensar en lo que pasó. Pero también me siento culpable. Vine aquí para trabajar, para ayudar a la empresa, no para enredarme con el jefe.

Hubo una pausa antes de que llegara su siguiente mensaje.

Entiendo. Mira, tienes dos opciones, pero lo primero de todo es mantener la calma. Puedes mantener las cosas en un plano estrictamente profesional a partir de ahora y ver cómo va. O bien puedes explorar lo que sientes y ver a dónde te lleva, pero con cuidado. Reed Perry no es un tipo cualquiera. Si te involucras con él, no será algo superficial. Tienes que decidir qué es más importante para ti.

Leí el mensaje varias veces, dejando que sus palabras se asentaran en mi mente. Crystal tenía razón, como siempre. Necesitaba decidir qué camino tomar. ¿Podía realmente ignorar lo que había entre Reed y yo? ¿O debía mantener mi enfoque en el trabajo y evitar cualquier complicación emocional?

Si me ponía las pilas podía terminar mi asesoría una semana. Tal vez menos.

Pero iba a ser complicado. Cada vez que pensaba en él, en la forma en que me miraba, en sus labios sobre los míos, mi seguridad se tambaleaba. Era más que una simple atracción física. Había una conexión, una energía que fluía entre nosotros, y que era imposible de negar.

Miré el reloj. Aún era temprano. Podría quedarme ahí, seguir trabajando en mi informe y mantenerme ocupada hasta que la urgencia de verlo se desvaneciera. Pero sabía que eso no iba a suceder.

Al final del día, las dudas seguirían ahí, esperando en la oscuridad, listas para asaltarme cuando estuviera sola en mi apartamento.

Finalmente, tomé una decisión. Volví a coger el teléfono y le envié un mensaje a Crystal:

Voy a enfocar en el trabajo. Necesito tiempo para pensar. Gracias por estar ahí. XXX

Su respuesta fue inmediata:

Siempre. Sabes que estoy a una llamada de distancia. Y no te tortures demasiado, Connie. Las cosas se resolverán, de una manera u otra.

Después, apagué el teléfono y me obligué a volver al trabajo. Abrí mi ordenador y revisé las notas que había tomado durante las reuniones de ese día con el equipo de recursos humanos. Mi informe aún estaba a medio terminar, y sabía que si quería presentar algo sólido, necesitaba concentrarme.

Pero cada palabra que escribía me recordaba a Reed. Sus preguntas incisivas, su manera de observar cada detalle, y la forma en que lograba sacar lo mejor de mí, incluso cuando me frustraba. Trabajar en su edificio había sido un desafío desde el principio, pero también había sido increíblemente satisfactorio.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, cerré el ordenador y decidí dar una pequeña vuelta por el edificio, caminar un poco y estirar las piernas. Me dirigí hacia las escaleras. No quería encontrarme de nuevo con Reed en un ascensor ni de coña. Y bajando, pensando en mis cosas, llegué hasta la planta ocho.

La planta prohibida.

Di unos pasos por el vestíbulo, indecisa. Solo había allí una puerta. Cuando iba a darme media vuelta y largarme por donde había venido me di cuenta de que estaba entreabierta.

Caminé hacia ella, decidida, y entré.

CAPÍTULO 9

MAX

La mañana siguiente arrancó como cualquier otra, con el continuo sonido de las notificaciones inundando mi bandeja de entrada. Estaba revisando algunos correos cuando vi uno que no esperaba: un mensaje de Connie.

Una parte de mí se alegró al ver su nombre, pensando que quizá finalmente había decidido aceptar mi invitación para cenar. Pero en cuanto leí el asunto, “*Informe final - Renuncia*”, mi corazón se detuvo.

Abrí el e-mail con la respiración contenida. El mensaje era corto, directo, pero el tono... Era como si estuviera escrito con prisa, como si cada palabra le hubiera costado un mundo.

De: Connie Lowe

Para: Reed Perry

Asunto: Informe final - Renuncia

Reed,

He pasado toda la noche trabajando en el informe que me pediste. Está adjunto a este correo. Es mi mejor esfuerzo para abordar los problemas que he visto y las soluciones que creo que podrían ayudar a tu empresa a mejorar.

Lamentablemente, no puedo continuar con este proyecto. Necesito alejarme. Estoy abrumada a nivel personal, y creo que es lo mejor para ambos. Te pido disculpas por cualquier inconveniente que esto pueda causar y te ruego que no intentes contactarme. Lo siento mucho.

Connie

Me quedé mirando la pantalla, intentando procesar lo que acababa de leer. ¿Abrumada? ¿Por qué? ¿Qué había cambiado en tan poco tiempo? No entendía qué había pasado para que Connie, tan profesional y comprometida, decidiera de repente marcharse sin más.

Abrí el informe que había adjuntado, pero las palabras en la pantalla se mezclaban con el eco de su mensaje en mi mente. ¿Qué demonios había pasado?

Traté de repasar mentalmente los eventos de los últimos días. Lo del ascensor había sido intenso, sí, pero los dos éramos adultos y podíamos manejar aquello. Debíamos ser capaces de trabajar juntos, y después de trabajar, volver a perdernos el uno en el otro. De hecho, había

sentido que finalmente estábamos empezando a conectar, a bajar las defensas.

De repente, una idea me atravesó como un rayo. No sabría explicarlo. Fue una corazonada. Me levanté de golpe, dejando la silla girando tras de mí. Algo en mi interior me decía que Connie había bajado a la planta ocho, que había visto algo que no debería haber visto.

Caminé hacia la sala de seguridad, donde siempre había alguien monitorizando las cámaras del edificio. Al llegar, mi mente ya estaba centrada en una única cosa: confirmar si Connie había estado allí la tarde anterior.

—¿Necesita algo, señor Perry?— me preguntó Chase, uno de los guardias, captando enseguida mi urgencia.

—Buenos días, Chase. Quiero revisar las cámaras de seguridad de anoche. Planta ocho. Entre las seis y las ocho de la tarde— dije sin rodeos.

El guardia asintió y comenzó a revisar las grabaciones. Cada segundo que pasaba aumentaba mi ansiedad, una sensación que no estaba acostumbrado a gestionar.

Finalmente, la imagen apareció en pantalla: Connie, saliendo de la oficina que le habíamos asignado. La vi bajar por las escaleras, probablemente evitando llamar la atención. Mi corazón latía con fuerza al verla, cámara a cámara, llegar a la planta ocho.

Sabía lo que venía a continuación.

En la grabación, Connie se detuvo frente a la puerta, mirando alrededor como si estuviera asegurándose de que nadie la viera. Y luego, empujó la puerta, que estaba entreabierta, y desapareció en el interior. Apreté los puños. ¿Por qué demonios estaba abierta? Siempre di instrucciones muy claras respecto a esa cerradura.

Cerré los ojos, conteniendo una maldición. No necesitaba ver más. Sabía exactamente lo que había encontrado.

En la planta ocho estaba el despacho de mi hermano, Derek. Él y yo habíamos fundado la empresa juntos, y durante mucho tiempo, esa oficina fue su refugio. Un lugar donde podía trabajar en paz, lejos del caos de los demás pisos. Pero todo cambió hace cuatro años, cuando lo encontraron muerto sobre su escritorio, después de haber trabajado durante cuarenta y ocho horas seguidas.

Derek colapsó allí, en ese mismo lugar, y desde entonces, decidí dejar esa planta tal como estaba, como un memorial, un santuario personal. Nadie, más que el personal de limpieza, estaba autorizado para entrar allí. Ni siquiera yo lo hacía. Dejarla intacta era mi forma de lidiar con su ausencia, mi manera de mantener vivo su recuerdo.

El hecho de que Connie hubiera visto ese lugar, de que hubiera entrado en esa parte de mi vida que había mantenido oculta, me golpeó como un mazo. No tenía idea de cómo había reaccionado ella, qué había sentido al ver las fotos, los documentos, los pequeños objetos personales de Derek que aún estaban allí, intactos.

—Eso es todo. Gracias — le dije a Chase, girando sobre mis talones y dejando la sala de seguridad sin más explicación.

De vuelta en mi despacho, traté de ordenar mis pensamientos, pero cada vez que intentaba concentrarme en cualquier otra cosa, la imagen de Connie entrando en esa oficina volvía a mí.

Me senté en mi silla, pero no podía permanecer quieto. El informe seguía abierto en mi ordenador, pero leerlo ahora no tenía sentido. Lo único que me importaba era que Connie se había marchado, y yo no sabía cómo traerla de vuelta.

Busqué mi móvil, dispuesto a llamarla. Mi instinto me decía que no podía simplemente aceptar su renuncia, que necesitaba hablar con ella, explicarle lo que había visto, y por qué esa planta significaba tanto para mí. Pero luego recordé su última frase: “te ruego que no intentes contactarme.”

No era una petición ligera. Ella no quería hablar conmigo. Y eso dolía.

Respiré hondo, tratando de mantener la calma. Había lidiado con muchas crisis en mi vida, pero esto era diferente. No era un problema que pudiera resolver con una simple llamada o una reunión de emergencia. Se trataba de algo mucho más profundo, algo que me obligaba a enfrentarme a mi propio dolor y vulnerabilidad. Y no estaba seguro de cómo hacerlo.

Me levanté y me detuve ante la ventana.

Aquella dichosa ciudad no tenía ni idea de la tormenta que me estaba atravesando.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Dejarla ir? ¿Respetar su decisión de marcharse? ¿O debía luchar por lo que sentía, aunque no estuviera seguro de lo que era eso exactamente?

Una cosa era cierta: no podía ignorar lo que había pasado. Tenía que tomar una decisión, y tenía que hacerlo rápido. Pero por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni idea de cuál era la respuesta correcta.

Lo único que sabía con certeza era que Connie Lowe había cambiado mi vida de una manera que no había previsto. Y no estaba dispuesto a dejar que se fuera sin más. Pero encontrar la forma de traerla de vuelta sería el desafío más grande al que me hubiese enfrentado.

CAPÍTULO 10

CONNIE

La brisa de la tarde me sentaba bien, me curaba poco a poco, mientras me acurrucaba en la silla de la terraza. Desde aquí, tenía una vista perfecta de los tejados de Brooklyn, con la ciudad al fondo, y su bullicio amortiguado por la distancia.

Era mi lugar favorito para pensar, un pequeño refugio en medio del caos de la vida cotidiana. Pero ese día mi mente estaba demasiado agitada como para encontrar consuelo en el paisaje.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que le envié ese correo a Reed. Un e-mail que, al releerlo en mi cabeza, me parecía más una aceptación de la derrota que una renuncia profesional. Apreté la manta sobre mis hombros, tratando de ahogar el nudo de ansiedad que se había instalado en mi pecho.

No podía dejar de pensar en lo que había visto en la planta ocho. Al principio, cuando empujé esa puerta entreabierta, lo único que sentí fue curiosidad. Me pregunté por qué Reed me había prohibido específicamente entrar en esa planta. Pensé que tal vez era un área en construcción, o un proyecto ultrasecreto de la empresa, pero lo que encontré fue algo completamente diferente. Era un despacho, inmóvil en el tiempo, como si estuviera esperando el regreso de su ocupante.

Había documentos desparramados sobre el escritorio, tazas de café vacías en un rincón y una chaqueta colgada en el respaldo de la silla. Lo más inquietante, sin embargo, fueron las fotos. Imágenes de Reed con otro hombre, uno que se parecía tanto a él que de inmediato supe que debía ser su hermano. *Derek Perry*, leí en una de las placas de reconocimiento en la pared.

No entendí la magnitud de lo que había visto hasta que llegué a casa y busqué su nombre en Google. Entonces, la historia se desplegó ante mí: Derek Perry, cofundador de la empresa junto a su hermano Reed, había sido encontrado muerto en su oficina hacía cuatro años, después de trabajar sin descanso durante dos días. Su muerte había sido súbita y devastadora y había dado mucho que hablar en los círculos empresariales. Incluso desató un debate intenso sobre la adicción al trabajo.

Todo encajó en ese momento. El carácter gruñón de Reed, su aparente desdén por las emociones, su manera de esconderse tras esa fachada de hielo... Todo tenía sentido. Él todavía cargaba con el peso de esa tragedia, y probablemente cada rincón de esa oficina le recordaba su pérdida.

Y ahora yo, una simple consultora contratada para mejorar la productividad, había irrumpido en ese espacio sagrado, en su dolor más íntimo, como un elefante en una cacharrería. No era de extrañar que quisiera mantenerme alejada de esa planta. Ahora entendía por qué. Y, sin embargo, la comprensión no me traía consuelo. Si acaso, sólo hacía que mi arrepentimiento creciera.

Y luego estaba el peso de lo sucedido entre Reed y yo en el ascensor. La intensidad de aquello había sido sofocante. En el calor de aquel instante, me había dejado llevar por mis

sentimientos, por ese deseo que había estado creciendo en silencio desde el primer día. Pero ahora, a toro pasado, todo me parecía un error. Una enorme equivocación que había comprometido mi trabajo y que ya no podía deshacer.

Suspiré, enterrando la cabeza entre las manos. Había pasado la última noche en vela, dándole vueltas a lo mismo. Me sentía agotada, pero mi mente se negaba a desconectar, atrapada en un ciclo interminable de arrepentimientos y dudas.

Intentaba convencerme de que había hecho lo correcto al apartarme, que poner distancia con aquel volcán a punto de explotar era lo mejor tanto para mi carrera como para mi cordura. Pero ¿por qué, entonces, sentía este vacío dentro de mí? ¿Por qué no podía simplemente pasar página y seguir adelante?

Decidí que esa noche dormiría. No podía seguir torturándome de esta manera. Necesitaba descansar, dejar que mi mente encontrara un poco de paz, aunque solo fuera por unas horas. Me levanté de la silla, dispuesta a entrar en el apartamento, cuando un grito rompió el silencio de la noche.

—¡Connie! ¡Connie Lowe!

Me detuve en seco. ¿Había escuchado bien? Era una voz grave, familiar, y provenía de la calle. Me acerqué al borde de la terraza y miré hacia abajo. Allí, en medio de la acera, agitando un ramo de flores como si su vida dependiera de ello, estaba Reed.

—¡Connie, por favor, baja! Necesito hablar contigo— gritó, ignorando por completo las miradas curiosas de los transeúntes.

Por un momento, me quedé congelada, sin moverme. Verlo ahí, tan fuera de su elemento, tan vulnerable en medio de la calle, me dejó sin palabras. Reed, el hombre que siempre parecía tener el control, el que nunca mostraba debilidad, estaba ahí, llamándome a gritos desde la calle como si fuera Richard Gere en *Pretty Woman*.

No pude evitar sentir una descarga de adrenalina, aunque intenté reprimirla. Sabía que todo aquello no había sido profesional ni apropiado, pero la sola visión de él allí abajo, con ese ramo en la mano, me desarmó.

—¡Connie! —volvió a gritar—. ¿Dónde estás? ¡Asómate! ¡No tengo la menor idea de en cuál es tu piso!

No sabía qué decir ni qué hacer. Una parte de mí quería bajar corriendo las escaleras, salir a la calle y lanzarme a sus brazos. Otra, la que me había mantenido despierta toda la noche, me decía que debía mantenerme firme, que dejarme llevar por lo que sentía sólo complicaría más las cosas.

Así que entonces agité la mano para que me viese y grité:

—¡Espera ahí! ¡Ahora bajo!

CAPÍTULO 11

REED

La vi bajar las escaleras del edificio como si todo estuviera ocurriendo a cámara lenta. Connie, con su pelo suelto y desordenado por aquel viento de Brooklyn, con el rostro tenso, pero aún tan hermosa como la primera vez que la vi.

Caminó hacia mí, con una mezcla de incertidumbre y decisión en sus ojos, y antes de que pudiera decir una sola palabra, se lanzó a mis brazos.

Nos fundimos en un abrazo que fue como un bálsamo para todas las heridas abiertas, para todas las dudas que había arrastrado desde que abandonamos aquel ascensor. Sentí el calor de su cuerpo, su respiración entrecortada contra mi pecho, y supe que no había lugar en el mundo en el que quisiera estar más que allí, con ella.

—Reed— susurró, y sentí su voz temblar ligeramente. No estaba llorando, pero estaba cerca. La estreché con más fuerza, como si de alguna manera pudiera protegerla de todo lo que había pasado entre nosotros, de toda la tensión que habíamos compartido sin saber cómo manejarla.

—Lo siento tanto —continuó, apartándose un poco para mirarme a los ojos—. No debí haber entrado en la planta ocho. Fue una intromisión, y...

—Connie— la interrumpí, suavizando mi tono —. No importa. De verdad, no importa. Fui yo quien debió manejar todo esto de otra manera. Yo te puse en esa posición, y por eso ...lo siento.

La confusión en su mirada se disipó un poco, pero aún había algo de culpa ahí, algo que la estaba atormentando.

—No quería que las cosas se complicaran así, Reed. No esperaba... todo esto. No esperaba que tú, que nosotros...

—Connie —la interrumpí de nuevo, esta vez con un tono más firme—. He estado pensando en ti desde el momento en que entraste en ese edificio, sonriendo de una manera como nadie había hecho en mucho tiempo. No sé qué fue. No sé qué me pasó, pero supe desde ese momento que eras diferente. Que tú eras... la mujer que necesitaba en mi vida. Siento que todo haya sido tan...caótico.

Ella me miró. Sus ojos brillaban con algo que no era sólo sorpresa. Era comprensión. Como si, de alguna manera, supiera exactamente lo que estaba sintiendo, porque ella lo sentía también.

Le sonreí.

—No dejo de pensar en ti. No puedo despegarme de ti, ni quiero hacerlo —continuó, apretando sus manos entre las mías—. Estaba tan acostumbrado a mantener todo bajo control, a mantener a la gente a distancia, que cuando tú entraste en mi despacho, con esa energía tuya, con esa sonrisa... todo en mí se tambaleó. Y no supe cómo manejarlo. Pero ahora lo sé.

—¿Y cómo piensas manejarlo, Reed?

Sonrió. Parecía relajada otra vez. Sus palabras destilaban su sarcasmo habitual, pero también tenían una carga emocional que sentí como un puñetazo en el estómago. Estaba asustada, igual

que yo. Estábamos a punto de saltar juntos hacia algo desconocido, y ambos lo sabíamos.

Respiré hondo, porque lo que tenía que decir era fuerte:

—Quiero estar contigo, Connie. Que estemos juntos. Quiero hacer esto bien, de verdad. No sé qué va a pasar, no sé cómo lo haremos, pero sé que no quiero perderte. No puedo. Porque tú eres... —hice una pausa, intentando encontrar las palabras correctas, sin sonar demasiado cursi—. Tú eres la única mujer que me ha hecho sentir así, y no quiero dejar que eso se vaya. No quiero perderte.

Connie soltó una pequeña risa llena de alivio y emoción, y luego volvió a abrazarme.

—Reed Perry, ¿desde cuándo eres tan explícito?

—Probablemente desde que conocí a una mujer que me hizo darme cuenta que a veces es necesario hablar desde el corazón.

Sonreí, y ella hizo lo mismo. Su sonrisa iluminaba su rostro de una manera que me hizo sentir que todo estaría bien, que podíamos hacerlo funcionar.

Nos quedamos así por un momento, envueltos en la calidez de nuestro abrazo, en la certeza de que habíamos cruzado otra línea más y que no había vuelta atrás. Y, de alguna manera, eso estaba bien. Mejor de lo que hubiera imaginado.

—Yo también he estado pensando en ti— confesó finalmente, con un tono más suave—. Y por eso me alejé, porque tenía miedo de lo que eso significaba. Pero ahora sé que no puedo seguir huyendo, Reed. También quiero que estemos juntos.

—Entonces, vamos a intentarlo.

Incliné la cabeza para que nuestras frentes se tocaran en un gesto íntimo y tranquilizador.

—Sin más dudas.

—Sin más dudas— repitió, susurrando.

Nos quedamos así, en silencio, saboreando la verdad de nuestras palabras. Todo lo que había sido difícil, todo lo que nos había separado, parecía desvanecerse, dejándonos a ambos solo con el deseo de seguir adelante, de ver qué pasaría a continuación.

Finalmente, levanté la cabeza y busqué sus labios. No fue un beso apresurado ni lleno de la urgencia que habíamos sentido antes.

Fue un beso lleno de promesas, de algo que empezaba, algo que ambos sabíamos que sería diferente a todo lo que habíamos experimentado antes.

Nos separamos lentamente, sonriendo como dos adolescentes que acaban de compartir su primer beso, seguros de que lo que habíamos encontrado era especial. Algo que, pese a todas las dificultades, había llegado para quedarse. Y mientras la abrazaba de nuevo, supe que no importaba lo que nos deparaba el futuro.

Me daba igual, si era a su lado.

EPÍLOGO

CONNIE

Un año después

Nuestro primer aniversario llegó en un abrir y cerrar de ojos. Y estábamos celebrándolo de la mejor manera posible: con una disputa amistosa sobre quién de los dos era el mejor cocinero.

Yo, por supuesto, me proclamaba la reina indiscutible de la cocina, mientras que Reed, con una ceja arqueada y un delantal que decía "El Chef del Corazón", insistía en que su *risotto* podía competir con cualquier plato de cinco estrellas.

—Connie, ¿de verdad vas a insistir en que tus macarrones con queso caseros son superiores a mi *risotto* de setas?— preguntó Reed, mientras removía cuidadosamente la mezcla cremosa en la sartén.

Me apoyé en la encimera, sonriendo con cierta superioridad.

—Oh, venga ya. Mis macarrones no son cualquier cosa. Es una receta secreta que he perfeccionado durante años. Y además, no olvides que tú eres un hombre práctico, no un chef de alta cocina.

Reed dejó escapar una carcajada y se giró hacia mí, sosteniendo la cuchara de madera como si fuera un cetro real.

—No subestimes al hombre que conquistó Wall Street, ni tampoco la cocina.

—Ahora soy yo la que no te subestima, pero deberías saber que tengo algunos trucos bajo la manga —le guiñé un ojo, y Reed dejó la sartén por un momento, acercándose para darme un beso.

—No hay trucos que puedas usar para vencerme hoy, querida— susurró contra mi piel, y no pude evitar sentir ese cosquilleo familiar que siempre aparecía cuando estaba cerca de él.

Desde aquello que pasó en su empresa y todo lo que vino después, las cosas habían cambiado radicalmente, pero para mejor. Reed, aunque seguía siendo el CEO del imperio que había construido junto a su hermano, había aprendido a delegar más y a involucrarse menos en cada pequeña decisión. Aún era el jefe, claro, pero también era un hombre que sabía cuándo era hora de apagar el teléfono y concentrarse en lo realmente importante: nosotros.

Por mi parte, tras completar el proyecto en su empresa, había decidido iniciar mi propia consultoría. Crystal se había unido como socia, y el negocio iba viento en popa.

Nuestro enfoque en mejorar la cultura laboral y la productividad había resonado con tantas compañías que no parábamos de recibir peticiones. Lo mejor de todo era que Reed era mi mayor fan, apoyando cada una de mis ideas, incluso cuando significaba que nos veríamos menos por nuestras agendas ocupadas.

—¿Sabes? —continuó Reed, acercándose una cucharada de *risotto* para que lo probara—.

Me encanta verte en acción con tus clientes. Nunca dejas de sorprenderme con lo que eres capaz de lograr. Aunque eso signifique que a veces tengo que programar una cita contigo solo para poder verte.

—¿Estás insinuando que paso demasiado tiempo trabajando?— repliqué, aceptando la cuchara y oliendo el delicioso aroma que emanaba del arroz. Mi boca casi se hizo agua.

—Lo que estoy diciendo— corrigió Reed con una sonrisa juguetona — es que me encantaría tenerte más tiempo en casa. Pero me gusta la pasión que pones en todo lo que haces. Es una de las cosas que más amo de ti.”

Probé un bocado y tuve que admitir, al menos internamente, que aquello estaba increíble. Pero, no iba a dárselo tan fácil.

—Está bueno, Perry, pero todavía tengo que preparar mis macarrones. No cantes victoria tan rápido.

Reed soltó una carcajada estruendosa y auténtica, esa risa que había llegado a amar tanto.

—Me conformo con un empate, pero sólo porque hoy es nuestro aniversario. Mañana te derrotaré sin piedad.

—Eso es lo que me gusta de ti, nunca te rindes.

Me acerqué a él y lo besé suavemente en los labios, sintiendo esa chispa que jamás se apagaba entre nosotros.

—Pero que quede claro, yo nunca pierdo.

—¿Eso es un desafío, Connie Lowe?— preguntó, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura y acercándose más a él.

—Siempre—, le respondí con una sonrisa, mientras dejaba que el momento se prolongara, simplemente disfrutando de estar en sus brazos.

Durante aquel año, habíamos tenido nuestras diferencias, nuestras discusiones. Ninguna relación es perfecta, pero nos habíamos acostumbrado a resolver las cosas de una manera que funcionaba para ambos. Reed había aprendido a abrirse más, a confiar en mí no solo como su pareja, sino también como alguien que podía desafiarlo y hacer que viera las cosas desde otra perspectiva.

—¿Sabes lo que estaba pensando para la próxima semana?— preguntó mientras me soltaba, regresando a la sartén para preparar otra dosis de *risotto* —. Deberíamos tomarnos un par de días libres. Irnos a algún lugar donde no haya llamadas, ni correos electrónicos, ni trabajo.

Levanté una ceja.

Vaya, aquello sí que era una novedad.

—¿Estás sugiriendo unas vacaciones?

—Exacto. Bueno, más bien una escapada. He estado investigando algunos lugares, y hay un pequeño hotel en las montañas que parece perfecto. Se supone que tiene vistas espectaculares, cabañas acogedoras y... sin WiFi.

—Eso suena demasiado perfecto para ser cierto. ¿Tú, desconectado del mundo durante más de un día? Reed Perry, eso sí que es un milagro.

Reed sonrió, con esa sonrisa pícaro que tanto me gustaba.

—Estoy dispuesto a intentarlo. Por ti, cualquier cosa.

—Entonces, es un trato— acepté, sintiendo una oleada de emoción ante la idea de pasar unos días tranquilos y románticos con él—. Pero solo si prometes no intentar superar mis macarrones mientras estemos allí.

—Haha. No cocinaremos estando allí, tontita. Pero de acuerdo. Prometido.

Nos reímos juntos, y mientras lo hacía, me di cuenta de lo afortunados que éramos de

habernos encontrado. Sí, nuestras vidas eran complicadas y llenas de desafíos, pero lo hacíamos funcionar. Porque al final del día, lo que teníamos era más que suficiente.

—Connie— dijo Reed mientras dejaba la sartén y venía hacia mí de nuevo —. Hay algo más que quiero decirte, y sé que ya lo sabes, pero... te amo.

Esas palabras, dichas con tanta sinceridad y sin ninguna pretensión, hicieron que mi corazón diera un vuelco. Las decía a menudo y aún así nunca las daba por sentado. Lo miré, viendo al hombre que había llegado a significar tanto para mí, y supe que no había otro lugar en el mundo donde quisiera estar más que aquí, con él.

—Y yo a ti, Reed— respondí, poniendo una mano en su mejilla —. Más de lo que puedes imaginar.

Nos besamos de nuevo, sellando no solo nuestro aniversario, sino todo lo que habíamos logrado juntos en el último año. Y mientras lo hacía, supe que teníamos muchos más momentos como este por delante. Momentos llenos de risas, amor, y, por supuesto, disputas culinarias amistosas.

Pero eso era lo que hacía que nuestra vida juntos fuera tan perfecta. Porque con Reed a mi lado, cada día era una nueva aventura, y no había nada que deseara más que seguir explorándolas junto a él.

YA DISPONIBLE

[LOCO POR LA BARISTA](#)



Fiona trabaja en una acogedora cafetería de Manhattan. No es el trabajo de su vida, pero es el trabajo perfecto... por ahora.

Una mañana entra en el local Max Hale, un atractivo magnate inmobiliario acostumbrado a tenerlo todo. Planea comprar ese local y convertirlo en una oficina, pero la presencia de Fiona lo trastoca todo.

A medida que se debaten entre la atracción instantánea y lo diferentes que son sus mundos, Fiona y Max deberán decidir si están dispuestos a arriesgarlo todo por un amor inesperado. Y entre promesas rotas y giros inesperados, ella descubrirá que el amor verdadero podría estar más cerca de lo que nunca imaginó, pero ¿a qué precio?

YA DISPONIBLE

[HIJA DE LA MAFIA](#)



Un amor con fecha de caducidad. Un legado peligroso. Una pasión imposible de ignorar.

Valeria Bellucci, hija de uno de los hombres más temidos de Nueva York, sueña con escapar del control de su problemático padre. Durante unas vacaciones en Hawái conoce a Julian Percival, un científico de buena familia que ha huido repentinamente de una misión en la Antártida.

Julian nunca imaginó que alguien como ella lo dejaría sin aliento. Valeria está atrapada entre el deber familiar y un corazón que late por el hombre equivocado.

Mafia. Traiciones. Peligro. Amor a primera vista.

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#).
Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

[Un amor oculto](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

[La rehén del millonario](#)

[La obsesión del magnate](#)

[Destellos de poder](#)

[La cura de tus heridas](#)

[Loco por la barista](#)

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)

[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)

[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)

[Cerca de tu mesa](#)

[Fuera de mi alcance](#)

[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)
[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)
[El profesor de inglés](#)
[La reportera](#)
[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña

[A ocho metros del leñador](#)
[A cinco minutos del guardabosques](#)

Títulos independientes y novelas

[Hija de la mafia](#)
[Maldito millonario en Isla Antigua](#)
[¡No pienso besar al grinch!](#)
[La huida de Bella](#)
[La espía que te amó](#)
[El asunto Danvers](#)
[Cinco veranos hasta encontrarte](#)
[Catriona: un romance rockstar](#)